

Confederación Española de Cajas de Ahorro (CECA)
II Foro Estratégico
“Las Cajas de Ahorros en los Escenarios de la Próxima Década”
Madrid, 9-10 de octubre de 2008

LOS VALORES SOCIALES Y CULTURALES EN LA ELABORACIÓN DE ESCENARIOS FUTUROS

Juan Díez Nicolás
U. Complutense de Madrid y ASEP
100613.2721@compuserve.com
www.jdsurvey.net

Los Valores Sociales como Respuestas Instrumentales de Adaptación

Las poblaciones humanas, como todas las poblaciones de seres vivos (plantas y animales), tienen que sobrevivir mediante los recursos que encuentran en el entorno. Existen muy escasas y raras especies de seres vivos que puedan alimentarse de sí mismos (autótrofos), y el ser humano no es una excepción, es por tanto heterótrofo, requiere alimentarse de sustancias que están fuera de él, que están en su entorno. Los primeros seres humanos tuvieron que sobrevivir con los recursos que encontraban en un entorno físico-natural muy limitado, muy próximo, debido a su escasa capacidad para desplazarse (solo podían hacerlo andando). Su adaptación al medio era muy similar a la de los demás seres vivos, casi **mecánica**. Cuando los recursos accesibles en el entorno físico-natural eran abundantes la población tendía a crecer, y cuando escaseaban tendía a decrecer. Pero, en realidad, la adaptación humana a su entorno solo era similar, pero no igual, a la de los demás seres vivos, pues su adaptación ha sido siempre **cultural**. El ser humano es el único ser vivo capaz de crear, almacenar y transmitir cultura (en su sentido antropológico más amplio, como conjunto de utensilios, pautas de comportamiento individual y colectivo, formas de organización, etc.), y por tanto el único capaz de incrementarla tanto en extensión como en intensidad.

A efectos analíticos podemos diferenciar la cultura material (tecnología) de la cultura no-material (organizaciones e instituciones sociales, incluyendo los sistemas de valores y creencias). Los sistemas de valores, como todos los elementos de la cultura, son instrumentales, en la medida en que pretenden ayudar a lograr la mejor adaptación posible en cada situación concreta (es decir, una población con un volumen y unas características concretas, en un entorno físico-natural en el que pueden encontrarse ciertos recursos de sustento concretos, con un nivel específico de desarrollo tecnológico, y con una variedad de estructuras organizativas, familiares, económicas, políticas y sociales determinadas).

Las plantas y los animales sobreviven en su entorno mediante respuestas más o menos mecánicas transmitidas genéticamente, pero los seres humanos son los únicos que lo hacen a través de una cultura material (tecnología), utilizando para ello materiales que encuentran en su entorno, y que han venido combinando desde hace millones de años hasta lograr los artilugios tecnológicos crecientemente complejos que hoy nos son habituales. De igual manera, su adaptación se hace también desde hace millones de años a través de una cultura no-material (organizaciones e instituciones sociales, sistemas de

valores y de creencias), que asimismo son diferentes en distintos lugares de la tierra, y que han cambiado significativamente a lo largo del tiempo. La tecnología, las formas de organización social, los sistemas de valores y de creencias, las ideologías, son todas ellas instrumentales y contingentes, y los seres humanos las utilizan o las abandonan en la medida en que creen que les son útiles para mejor sobrevivir con los recursos disponibles en su medio ambiente, es decir, con los recursos a los que pueden tener acceso. (El gran error de Malthus fue considerar aisladamente la relación entre población y recursos disponibles en el medio ambiente, como si la adaptación fuese mecánica, pasando por alto la importancia decisiva de la cultura, material y no-material, que aporta una diferencia cualitativa en la forma de adaptación de las poblaciones humanas). Se resumen a continuación los supuestos e hipótesis principales de la teoría del ecosistema social que he utilizado en numerosas publicaciones desde hace más de treinta años, entre ellas en El Dilema de la Supervivencia, realizado precisamente con una ayuda de investigación de la Obra Social de Caja Madrid.

El ser humano no puede sobrevivir individualmente, sino que requiere la colaboración de otros semejantes, lo cual conduce a la interdependencia (principalmente en materia de sustento) y, por tanto, a una división del trabajo que constituye la base de cualquier tipo de organización social. En la necesaria división del trabajo se encuentra el origen de las diversas formas de organización social (productivas, familiares, educativas, políticas, de defensa, etc.) que se van haciendo más complejas a medida que crece la población, que se desarrolla la tecnología y que se facilita el acceso a los recursos, ampliando así de manera continua el medio ambiente. Las funciones más elementales que tiene que cumplir una comunidad humana, a través de las diversas formas de organización social que surgen de la división social del trabajo (por simple que esta sea), son las de producción y distribución de los recursos, reclutamiento de nuevos miembros, y coordinación y control de las tres funciones precedentes. Toda comunidad humana, por pequeño que sea su tamaño y por simple que sea su organización, tiene que “producir” recursos (desde la recolección de lo que encuentra en su entorno al cultivo de la tierra, la domesticación y crianza de animales, la producción industrial, etc.), y ello requiere que ciertos grupos de la comunidad se especialicen en esa función de “producir” recursos. Pero toda comunidad humana también, por pequeña y simple que sea, tiene que establecer algún sistema para que todos los individuos puedan acceder a esos recursos, y no parece necesario insistir en que los sistemas de distribución adoptados a través de la historia por diferentes sociedades han sido extraordinariamente diversos (a cada individuo según su aportación, según sus necesidades, según su poder, etc.). Por otra parte, teniendo en cuenta que los individuos tienen una duración de vida limitada, para que la comunidad como colectivo sobreviva, es necesario asegurar el reclutamiento de nuevos miembros del grupo (generalmente mediante la reproducción, pero también mediante la inmigración voluntaria o forzosa). Pero para que todos cumplan con esa división del trabajo, para asegurar que se cumple la función de producción y que se cumple el sistema de distribución de recursos que se haya adoptado, y para asegurar la persistencia del grupo en el tiempo a través de nuevos miembros, se requiere también que algunos individuos de la comunidad coordinen esas dos actividades y las controlen para asegurarse de que se llevan a cabo como se ha dispuesto. Por ello, toda comunidad tiene algunas estructuras de poder, que tienen la función de coordinar y controlar la producción y distribución, y también el funcionamiento de cualquier otra forma de organización social que se haya elaborado, incluido el reclutamiento de nuevos miembros, que mayoritariamente (pero no

exclusivamente) se lleva a cabo a través de la reproducción, lo que parece haber exigido la aparición de las formas de organización familiares.

Cada uno de los cuatro elementos del ecosistema social interactúa con los otros, de manera que los cambios en cada uno de ellos provocan cambios en cada uno de los otros tres, y a su vez cada uno de ellos cambia como consecuencia de los cambios que se operan en los otros. Pero en cada situación y momento del tiempo concretos se podrá reconocer un cierto equilibrio entre los cuatro elementos del ecosistema social, aunque es evidente que el equilibrio será siempre inestable, puesto que la continua interacción entre los cuatro factores del ecosistema conduce a una situación en la que siempre se estará produciendo algún cambio en cualquiera de ellos que afectará en mayor o menor medida a los otros tres. Los conflictos derivados de la necesaria falta de ajuste entre los cuatro elementos, de la inestabilidad del equilibrio descrito, generan cambios, de manera que el conflicto y el cambio son procesos inherentes a cualquier ecosistema social, aunque también sea reconocible un cierto equilibrio, una estructura concreta, en cualquier momento concreto del tiempo. Por otra parte, aunque resulta evidente que cada uno de los cuatro elementos del ecosistema provoca cambios en los otros tres de manera continuada, los cambios en la tecnología, y de manera especial los cambios en la tecnología de los transportes y las comunicaciones, parecen haber constituido el principal factor a través del cual se ha introducido el cambio en el ecosistema social. Nunca se resaltarán suficientemente la importancia que los continuos desarrollos en la tecnología de los transportes y comunicaciones han tenido en la expansión del medio ambiente (al hacer más accesibles recursos cada vez más lejanos en el espacio), lo que ha repercutido de forma inmediata en las distintas formas de organización social al generar cambios en la división del trabajo que prevaleciese en las comunidades humanas implicadas.

Los ecosistemas sociales, en cuanto que comunidades ecológicas, tienden por naturaleza a la expansión creciente, de manera que si en tiempos remotos los individuos vivían en comunidades pequeñas, relativamente auto-suficientes y autárquicas, con acceso a un medio ambiente reducido, al disponer de una muy elemental tecnología de los transportes, y con una división del trabajo muy poco elaborada, actualmente estamos siendo testigos de cómo las comunidades ecológicas han ido creciendo hasta formar núcleos urbanos, áreas metropolitanas, regiones, estados nacionales y, finalmente, comunidades internacionales todavía poco integradas (excepto en materia económica) como la Unión Europea. Tomando en consideración la importancia decisiva de la accesibilidad al sustento, no resulta extraño comprobar que la expansión hacia una comunidad global-mundial interdependiente se está produciendo antes en las estructuras económicas que en otras formas de organización social (pues en eso consiste la tan citada globalización). En realidad, la interdependencia económica conduce a la interdependencia en cualquier otro aspecto de la organización social, pero ello requiere tiempo para realizar los reajustes que conduzcan a una nueva forma de adaptación supuestamente mejor que la precedente.

Los sistemas de valores surgen igualmente de esa interacción entre las poblaciones humanas y su medio ambiente, constituyen respuestas instrumentales de adaptación, forman parte de la cultura no-material, y por tanto son a la vez causa y consecuencia de los cambios en los otros factores del ecosistema. Así, los sistemas de valores cambian cuando cambian las estructuras y sistemas económicos o políticos, cuando cambia la tecnología, cuando cambian los recursos accesibles y el uso del medio ambiente, e

incluso cuando cambia el volumen y la estructura de la población, pero los sistemas de valores producen igualmente cambios en el volumen y estructura de la población, en el acceso a los recursos y en el uso del medio ambiente, en el establecimiento de obstáculos o incentivos para el desarrollo tecnológico, y en el cambio de las estructuras económicas, políticas, familiares, etc.

Una Crisis Anunciada: El Cambio Social Acelerado y sus Consecuencias

La evolución del ecosistema social ha conducido a una situación en muchos aspectos muy positiva pero en otros muchos también muy negativa. Pero debe recordarse aquí que hace más de 30 años se habían anunciado algunas de las consecuencias que se iban a producir debido a los cambios acelerados en cada uno de los cuatro elementos del ecosistema. Poco antes de la primera crisis del petróleo de 1973 el trabajo de Meadows sobre Los Límites al Crecimiento, más conocido como el primer informe al Club de Roma, así como muchos otros informes elaborados por organismos internacionales o el Informe Global 2000 para el Presidente Carter coincidían en señalar la existencia de unas tendencias sociales de cambio a escala mundial que les conducían a formular ciertas previsiones a corto y medio plazo que yo mismo asumí en un trabajo ampliamente divulgado sobre “La España Previsible”. Esas tendencias podían resumirse así: 1) en primer lugar, se constataba un alto ritmo de crecimiento demográfico desde el final de la II Guerra Mundial que superaba todas las previsiones elaboradas previamente, y que no ofrecía síntomas de reducirse drásticamente en el corto o medio plazo, y que a pesar de cierta disminución en la última década sigue siendo muy superior al experimentado a lo largo de la historia de la Humanidad; 2) este crecimiento demográfico estaba provocando una presión creciente sobre el medio ambiente, no solo por el incremento del volumen total de habitantes en sí mismo, sino por el incremento, en todo el mundo, del consumo de recursos físicos y naturales per capita; 3) debido a la creciente presión demográfica sobre el medio ambiente, se agotarían ciertos recursos, se encarecería su obtención, y se degradaría el medio ambiente en general; 4) al hacerse más escasos ciertos recursos, parecía inevitable que se produciría un cierto empeoramiento de la calidad de vida, porque algunos recursos serían más escasos y por tanto aumentarían su coste reduciéndose su accesibilidad; 5) en esas condiciones, era esperable que los que ocuparan posiciones de mayor poder social procurarían mantener su acceso a los recursos escasos, en detrimento de los que tuviesen menores cuotas de poder, lo que previsiblemente contribuiría a incrementar las desigualdades socio-económicas entre países y dentro de cada país; 6) el incremento de desigualdades conduciría a un incremento de los conflictos sociales, latentes o manifiestos, entre países y dentro de cada país; 7) el incremento de los conflictos provocaría situaciones de ingobernabilidad en el ámbito internacional y en el nacional, lo que podría conducir, finalmente, a que los poderes establecidos tuvieran la tentación de recurrir a respuestas autoritarias como medidas “más eficaces” para resolver esas situaciones conflictivas. Resulta no sólo sorprendente, sino en cierto modo también muy preocupante, comprobar hasta qué punto se han ido cumpliendo estas previsiones. Es evidente que los puntos 1, 2 y 3 se han ido produciendo tal y como se esperaba. Hay bastante evidencia empírica para defender la hipótesis de que los puntos 4, 5 y 6 están ya más que iniciados, produciéndose como se había supuesto, y existen indicios de que el punto 7 parece ahora más plausible que hace unas décadas.

En efecto, el crecimiento de la población ha sido acelerado a lo largo de la historia de la Humanidad, como consecuencia de la influencia de los otros tres elementos del

ecosistema social. Así, la población mundial, estimada en alrededor de 250 millones de habitantes a principios de la era cristiana, tardó 16 siglos y medio (1.650 años) en duplicarse, debido a la alta mortalidad (apenas compensada por una muy alta natalidad), que a su vez resultaba de la falta de movilidad de las poblaciones humanas, lo que las impedía acceder con facilidad a recursos en otros lugares del planeta. Por tanto, a mediados del siglo XVII aproximadamente (1650) la población mundial ya era de 500 millones de habitantes. La revolución agrícola que se produjo en Europa en esos años, y la revolución industrial que se inició en ese mismo continente un siglo después, mejoró notablemente las posibilidades de supervivencia de la población mundial en todas partes (aunque mucho más, lógicamente, en Europa) a causa de la mejor alimentación y la mejor sanidad que resultaron de la investigación científica y los desarrollos en los transportes y las comunicaciones (que facilitaron el acceso a los recursos y su transporte), de manera que la población mundial volvió a duplicarse en sólo 200 años, llegando a los 1.000 millones en 1850. Continuaron las mismas tendencias, y sobre todo la continuada ampliación del medio ambiente a causa de las innovaciones en los transportes y comunicaciones, y en sólo 100 años la población mundial volvió a duplicarse, de forma que en 1950 había alcanzado ya los 2.000 millones de habitantes. Pero desde esa fecha el crecimiento demográfico ha sido aún más rápido, debido sobre todo al descenso de la mortalidad en todo el mundo, y la población mundial se triplicó en cincuenta años, alcanzando la cifra de 6.000 millones de habitantes en el año 2000. El crecimiento demográfico ha reducido su ritmo desde entonces (pasando de un 2% anual acumulativo a un 1,3% en la actualidad), pero sigue siendo un crecimiento muy alto, por lo que se supone que podrá duplicar la población mundial en alrededor de 60 años.

La presión de esta población mundial sobre los recursos ha sido tan intensa durante las últimas décadas del siglo XX que todas las advertencias sobre las posibles amenazas que se cernían sobre el medio ambiente se están cumpliendo incluso en mayor medida de lo previsto. La comparación entre las evaluaciones sobre la situación del medio ambiente en el mundo que se realizaron en la conferencia de Estocolmo de 1972 y las realizadas en muchas otras reuniones internacionales posteriores demuestran que el empeoramiento del medio ambiente ha sido mucho más rápido que como se había supuesto en un principio. La desaparición de especies vegetales y animales, el agotamiento de ciertos recursos no-orgánicos, el cambio climático, el agujero de ozono, la desertización, la escasez de agua, son algunos de los signos más visibles del deterioro ambiental. Las amenazas sobre el medio ambiente que la creciente industrialización en todo el mundo ha producido son ahora reales, incluida la posibilidad de acabar con toda forma de vida sobre la Tierra desde que se desarrolló la energía nuclear. Puede argumentarse que las sociedades industriales avanzadas han logrado un alto nivel de bienestar material debido a la aplicación de una tecnología de creciente complejidad y a unas organizaciones sociales y económicas muy elaboradas. Pero la aplicación de estas tecnologías complejas y de estas formas elaboradas de organización social, así como su diseminación a otras sociedades menos desarrolladas, ha creado serios problemas medioambientales por todo el planeta. De esta forma, puede afirmarse que el “éxito” en la industrialización ha conducido a consecuencias indeseadas, esto es, ha provocado amenazas reales sobre el entorno natural e incluso para la supervivencia de la humanidad en el planeta. La creciente preocupación por el medio ambiente sería una respuesta instrumental colectiva a los cambios objetivos en el medio ambiente que han resultado de la expansión del proceso de industrialización en la mayoría de las sociedades, incrementando el bienestar material pero creando además serias amenazas a

la supervivencia de la especie humana en su conjunto a través del cambio climático (que ya no es una quimera, sino una realidad) y de las armas de destrucción masiva.

Pero el cambio demográfico acelerado y su repercusión sobre el medio ambiente no son los únicos aspectos que fueron acertadamente pronosticados a finales de la década de los años 70, sino que las consecuencias que de ellos se derivaban parecen haberse cumplido también. Así, aunque es evidente que se han producido grandes innovaciones tecnológicas y científicas que mayoritariamente podrían calificarse como beneficiosas y que constituyen mejoras indudables de nuestro nivel y estilo de vida (aviones, trenes de alta velocidad, autopistas y auto-rutas en el ámbito de los transportes, televisión por satélite y por cable, telefonía móvil en el ámbito de las comunicaciones, descubrimientos y avances decisivos en el conocimiento del genoma y, en general, en el ámbito de la medicina, robótica e informática, y un muy largo etcétera), no cabe duda que en muchos aspectos se ha producido un empeoramiento de la calidad de vida (droga, delincuencia, terrorismo, deterioro del medio ambiente físico-natural, masificación, congestión de tráfico, incremento de la pobreza, etc.). Este empeoramiento de la calidad de vida tiene su origen, en muchas ocasiones, precisamente en el hecho de que más y más gente tiene acceso a disfrutar de ciertos estilos de vida. En efecto, cuando ir a la playa en verano se generaliza se produce una masificación que, en última instancia, resta calidad a ese tipo de ocio; lo mismo puede afirmarse del tráfico durante los fines de semana, o de los desplazamientos para disfrutar del esquí, e incluso de la enseñanza y de cualquier tipo de actividad que requiera prestación de servicios. Todavía no hemos aprendido bien a incrementar la cantidad (el acceso a ciertos bienes y servicios para colectivos crecientemente numerosos) sin reducir la calidad. Es muy posible que los problemas derivados del cambio tan rápido a que se ve obligada la organización social para adaptarse a los retos de una población mundial que crece todavía a un muy alto ritmo y a un medio ambiente que está siendo esquilmo y deteriorado también de forma acelerada, lleven a crear problemas de ingobernabilidad y desorganización social crecientes, de manera que, como ya anunció Hirsh hace treinta años, se alcancen los límites sociales al crecimiento antes incluso que los económicos.

Los hechos anteriormente descritos han provocado un incremento de las desigualdades socio-económicas entre países y dentro de cada país. Si se toma en cuenta el indicador económico por excelencia, la renta per capita, puede comprobarse que durante la década de los años 60, la Década del Desarrollo como fue denominada por las Naciones Unidas, las desigualdades entre países no disminuyeron, pero tampoco aumentaron, pero a partir de la crisis del petróleo de 1973 las desigualdades han estado creciendo y a un ritmo acelerado. Así, la renta per capita de la región más rica del mundo en 1963 era 40 veces más alta que la de la región más pobre, y esa desigualdad se mantuvo prácticamente igual en 1973. Pero en 1983 esa "razón" entre la renta per capita de la región más rica y la más pobre era ya de 51 veces, de 91 en 1993, y de 103 veces en el año 2000. Los indicadores sobre diversos aspectos sociales y económicos que se publican anualmente por Naciones Unidas en su Informe sobre Desarrollo Humano demuestran una creciente desigualdad entre países desarrollados y menos desarrollados en casi cualquier dimensión que se compare. Pero numerosos trabajos de investigación e informes más o menos oficiales demuestran igualmente, en gran cantidad de países, que las desigualdades intra-nacionales en renta y en el acceso a determinados bienes y servicios están aumentando y no disminuyendo.

El incremento de las desigualdades no es sino una consecuencia de la toma de conciencia de que no parece posible asegurar un crecimiento económico para todos y eternamente, y ello ha conducido a que los países desarrollados defiendan sus intereses y los de sus ciudadanos a costa de desatender las demandas de los países menos desarrollados, y a que dentro de cada país se observe una disminución de la movilidad social y, más bien al contrario, un incremento de la rigidez de la estratificación social, de manera que los méritos individuales vuelven a ser relegados y son sustituidos por las redes sociales familiares, políticas, de clase social, etc., que son las que facilitan el acceso a determinados status sociales. Pero lo más importante no es que las desigualdades sociales y económicas hayan aumentado y estén aumentando, sino que los individuos en todas partes son cada vez más conscientes de ese aumento, debido entre otras razones a los medios de comunicación y al incremento incesante de las posibilidades que las nuevas tecnologías de la comunicación (Internet y telefonía móvil) ofrecen a los individuos para interactuar entre sí. Como he podido señalar hace tiempo, en el mundo actual se ha producido una igualación en los “estándares de vida” de clases sociales muy diferentes y de países con niveles de desarrollo muy distintos, pero subsisten grandes diferencias en sus “niveles de vida”, lo que provoca frustraciones individuales y colectivas al tomar en cuenta las grandes disparidades que, para los de inferior condición socio-económica, implican la comparación entre estándar subjetivo y nivel objetivo de vida. Esa creciente toma de conciencia incide, precisamente, en el posible aumento de conflictos sociales, latentes o manifiestos.

No parece necesario presentar muchos argumentos para defender la afirmación, pronosticada ya hace más de tres décadas, de que el incremento de las desigualdades entre países y dentro de cada país crearía mayores y más frecuentes situaciones de conflicto, abierto o latente. En el ámbito internacional es cierto que desde la II Guerra Mundial no ha vuelto a producirse otra conflagración de esa magnitud, pero no es menos cierto que han proliferado y siguen proliferando guerras “de alcance medio”, como las de Corea y Vietnam, la “guerra fría” contra los países de la órbita soviética, las guerras de los Balcanes y los conflictos en diversas repúblicas islámicas ex-comunistas, la guerra en el Líbano, los conflictos continuos entre Israel y Palestina, los conflictos en Oriente Medio en general, las diversas guerras en Afganistán, las diversas guerras en Irak, los conflictos en Asia Central, etc. Pero también han proliferado los conflictos internos en los distintos países, desde la ya lejana revolución del 68 en los países occidentales a los numerosos conflictos que se han producido en repúblicas ex-soviéticas, revoluciones en países latino-americanos y africanos, terrorismos nacionales, etc. No debe descartarse que entre las causas que explican el creciente terrorismo nacional e internacional haya que incluir la percepción de grandes desigualdades sociales y económicas. Cuando la proporción de la población mundial que vive en países menos desarrollados ha pasado en menos de 50 años de representar dos terceras partes a ser en el momento actual cuatro quintas partes, y cuando la percepción de esa desigualdad es ahora mucho más visible, y sobre todo, cuando las poblaciones afectadas llegan a la conclusión (acertada o equivocada) de que no pueden ya tolerar esas desigualdades ni tampoco pueden cambiarlas mediante el diálogo político, no resulta difícil comprender (pero no justificar) que algunos decidan romper las reglas del juego social y se lancen a cambiar la realidad de forma violenta.

Pero lo que más importa aquí al comparar los pronósticos de hace treinta años con la realidad actual y con el futuro previsible a corto y medio plazo es lo relativo a la población, al medio ambiente, y al incremento de las desigualdades sociales y

económicas, y a la incidencia de esos aspectos sobre el cambio en los sistemas de valores. El cambio en los valores, y de manera específica la preocupación actual por el medio ambiente, que es evidente en el emergente conjunto de valores post-materialistas, podría entonces ser explicado por los cambios objetivos en otros elementos del ecosistema, y más concretamente por las amenazas reales al medioambiente y a la supervivencia humana derivados de un proceso de industrialización con demasiado éxito que, paradójicamente, pretendía mejorar las condiciones de vida para la Humanidad en todo el planeta, y que no parece claro si está empeorando o mejorando esas condiciones de vida. Esta parece ser la explicación de por qué la prioridad asignada a la protección del medio ambiente ha sustituido a la prioridad por el crecimiento económico, y la explicación, que a continuación se desarrollará, de por qué la preocupación por el medio ambiente surge antes en los países más desarrollados y en los grupos sociales de más alto nivel: porque han sido los primeros en tomar conciencia de que el desarrollo económico puede conducir a una degradación ambiental de tal naturaleza que ponga realmente en riesgo a la Humanidad en su conjunto.

No deja de ser preocupante, sin embargo, que el corolario de este proceso sea el de una tendencia a la adopción de sistemas de control, de poder, crecientemente autoritarios. El reforzamiento de los ejecutivos en todos los países, incluso en los más democráticos, a costa de los poderes legislativo y judicial (que en muchos países han pasado a ser poderes totalmente dependientes del ejecutivo) constituye un indicio de que este pronóstico se está cumpliendo también. Los nuevos gobiernos en ciertos países latinoamericanos, por no hablar de los de gran número de países en Asia, presentan signos de autoritarismo muy claros. Y la concentración de poder en el líder (presidente, secretario general, etc.) del poder ejecutivo en muchos países democráticos puede estar configurando la base que más adelante pueda ser aprovechada para establecer un sistema de gobierno autoritario o dictatorial.

La historia de la Humanidad ha seguido una larga trayectoria partiendo de un gran número de comunidades humanas independientes por todo el planeta, comunidades que, mediante el desarrollo tecnológico y la creciente complejidad de sus organizaciones sociales, han ido agrupándose para formar nuevas estructuras comunitarias de mayor tamaño, de creciente diferenciación interna y creciente especialización exterior, y por supuesto, cada vez más interdependientes entre sí. El proceso de globalización actual, que en realidad ha estado produciéndose desde que el ser humano apareció sobre la Tierra, conduce hacia lo que podría ser el último estadio en el proceso de expansión de los sistemas sociales, que eventualmente culminaría en la formación de una sola comunidad global mundial que todavía está, sin embargo, muy lejos.

En resumen, la teoría del ecosistema social puede ayudarnos a comprender mejor que si cambian el volumen y las características de la población mundial, si el medio ambiente se encuentra en continua expansión como consecuencia de las innovaciones en los transportes y las comunicaciones, si el cambio tecnológico en general es crecientemente acelerado, necesariamente deberían producirse también cambios en las instituciones, en las formas de organización de la sociedad, y en sus sistemas de valores y creencias. Lo extraño sería precisamente que no se produjeran cambios en la cultura no-material cuando los otros tres elementos del ecosistema social están experimentando cambios acelerados desde hace unas cuantas décadas.

Un Escenario que no se está Cumpliendo: Fukuyama y el Fin de la Historia

Por eso fue tan fácil desmontar la utopía de Fukuyama sobre el fin de la Historia, hasta el punto de que él mismo ha ido variando la interpretación y consecuencias de su hipótesis inicial. Según esa hipótesis, la Humanidad estaba llegando al final de la Historia porque todas las sociedades habían adoptado un solo modelo de organización política (la democracia parlamentaria) y un solo modelo de organización económica (la economía de libre mercado). Como ha ocurrido con todas las utopías, la cuestión es que el mundo no se para incluso cuando parece haberse llegado a la situación utópica soñada, sea la polis ideal de Platón, la ciudad ideal de Moro o de Campanella, o la sociedad sin clases de Marx y Lenin. Así, es falso que todas las sociedades tengan ya democracias parlamentarias, e incluso en las sociedades que más pronto aceptaron ese modelo se observa que su funcionamiento actual difiere muy significativamente de su funcionamiento en el siglo XIX, cuando surgió. Por no hablar de la enorme variedad de democracias con o sin apellido que nos ofrece la realidad. En cuanto a la economía libre de mercado, tampoco todos los países la han adoptado y es dudoso que algunas lleguen ni siquiera a intentarlo en un próximo futuro. Pero es que la economía de libre mercado se basa en la libre circulación, y de momento lo único que parece circular libremente son los capitales, pero desde luego existen toda clase de barreras, visibles o invisibles, a la libre circulación de bienes, productos, servicios y sobre todo personas, incluso en los mercados interiores de cada país o zona, y menos aún en el ámbito internacional.

Los crecientes deseos de seguridad personal (provocados por el incremento de la inseguridad) están conduciendo a recortes muy importantes en muchos derechos y libertades ciudadanas, incluso en las democracias más arraigadas y tradicionales. Y, según se ha indicado más arriba, más bien se observa que muchas sociedades prefieren aceptar sistemas políticos cada vez más fundamentados sobre el poder ejecutivo, olvidando el tradicional sistema de equilibrio de tres poderes, cuando no van más allá y aceptan incluso sistemas de organización política cada vez más autoritarios, como se observa en países de los cinco continentes, sacrificando cotas de libertad en aras de una supuesta mayor seguridad. No es posible establecer con exactitud qué tipo de organización política sucederá al actual modelo, real o supuesto en algunas sociedades, de democracia parlamentaria, aunque según se ha argumentado antes parece que se va en la dirección de sistemas políticos más autoritarios, aunque camuflados bajo la apariencia de democracias por unas prácticas de comunicación crecientemente acrílicas y complacientes con sus clientes, políticos o empresariales. Pero lo que si puede asegurarse sin temor al error es que la democracia parlamentaria no será la última forma de organización política que conozca la Humanidad, sino que cambiará para acomodarse a los cambios que se produzcan, que ya se están produciendo, en los otros elementos del ecosistema social.

De igual manera, el modelo de economía de libre mercado no solo no se ha establecido unánimemente en todas las sociedades actuales, sino que por el contrario se observa un incremento de las prácticas proteccionistas nacionales, camufladas también por los expertos en comunicación tras cortinas que justifican esas prácticas con supuestos objetivos de protección de los niños (en el caso de los juguetes), de normas de calidad establecidas sobre los productos de consumo, y en general con toda clase de nuevas normas de calidad que pretenden proteger al ciudadano. Al igual que se ha comentado respecto al modelo de organización política, cuando se examina la historia de la Humanidad se comprueba que ha habido una sucesión de modelos de organización

económica, y más que pensar en que el actual modelo de economía libre de mercado será el último, parece más adecuado esperar que este modelo será sustituido por otro, aunque ahora nos falte conocimiento y perspectiva para saber cómo será ese nuevo modelo y cuando comenzará a generalizarse en el mundo.

Partiendo pues del modelo del ecosistema se puede deducir que la tesis de Fukuyama, ya no defendida ni siquiera por él, relativa a que la democracia parlamentaria y la economía libre de mercado son las formas de organización política y económica que se han generalizado a escala mundial y que perdurarán indefinidamente, suponía efectivamente que la Historia había llegado a su fin, una hipótesis mucho menos plausible que la de esperar que la dinámica de interacciones continuas entre los diferentes elementos del ecosistema conducirán tarde o temprano a nuevas formas de organización política y económica como respuestas instrumentales a nuevas situaciones. La evidencia empírica en España y otros países demuestra que existe una gran relación entre las instituciones políticas, las económicas, las sociales y los sistemas de valores, de igual manera que existe una fuerte relación entre los principales indicadores políticos (satisfacción con el funcionamiento de la democracia y satisfacción con el gobierno), y los principales indicadores económicos (sentimiento del consumidor y sus dos componentes, la evaluación de la situación económica nacional y la personal).

El Cambio de Valores en las Sociedades Post-Industriales

Desde una perspectiva menos sistémica la explicación del cambio de valores desarrollada por Inglehart sería compatible con el esquema teórico del ecosistema social, puesto que acepta la existencia de una fuerte interrelación entre los sistemas de valores culturales y los sistemas sociales, económicos y políticos. Según este marco teórico las cohortes nacidas después de la Segunda Guerra Mundial en sociedades industriales avanzadas han disfrutado, por primera vez en la historia de la Humanidad, de una situación en la cual la gran mayoría de la población ha conseguido altos niveles de seguridad personal y seguridad económica. La ausencia de guerras, al menos a gran escala, y la extensión de la prosperidad económica a grandes proporciones de la población, como se manifiesta en el crecimiento de las clases medias y en el consumo de masas, habría influido sobre el proceso de socialización de las cohortes de post-guerra, de tal forma, que habiéndose criado en entornos sociales libres de guerras y económicamente más favorecidos, teniendo bastante asegurado su bienestar material, sus objetivos y aspiraciones se encauzarían hacia metas no materiales (post-materialistas), como la protección del medio ambiente, una mayor participación social y política, un interés creciente por las relaciones sociales, un mayor interés por los valores estéticos, un nuevo sentido de la espiritualidad, etc.

Las dos principales hipótesis de partida establecidas por Inglehart para explicar el cambio intergeneracional de valores desde una orientación materialista a otra post-materialista fueron la hipótesis de la “escasez” y la hipótesis de la “socialización”. De acuerdo con la hipótesis de la escasez, los individuos tienden a asignar un mayor valor subjetivo a aquellas cosas que son escasas en su entorno y, por tanto, en las sociedades que no han logrado todavía un cierto grado de seguridad económica predominarían los “valores de escasez” o “materialistas”, que atribuyen una mayor importancia a la seguridad personal y a la seguridad económica, precisamente porque ni la una ni la otra están suficientemente garantizadas para la mayor parte de la población. Esta sería la situación en las sociedades pre-industriales, en las que la gente asigna una mayor

prioridad al trabajo que al ocio, en las que se valoran en el trabajo sobre todo los aspectos relacionados con un salario alto y con la seguridad en el empleo, y en las que se da más importancia al desarrollo económico que a la protección del medio ambiente, es decir, a la cantidad que a la calidad de vida. Por el contrario, en aquellas sociedades en las que tanto la seguridad personal como la seguridad económica están bastante garantizadas para la mayor parte de sus ciudadanos, se asigna una mayor prioridad subjetiva al ocio que al trabajo, y en el trabajo se asigna más importancia a las posibilidades de auto-realización y al ambiente laboral, así como a las posibilidades de “carrera” profesional, que al salario y a la seguridad en el empleo. De manera similar, se asigna mayor importancia a la protección del medio ambiente que al desarrollo económico, es decir, a la calidad más que a la cantidad de vida. De acuerdo con la hipótesis de la “escasez”, por tanto, las sociedades en las que la mayor parte de la población ha alcanzado altos niveles de seguridad personal y económica serán también las que exhiban mayor proporción de individuos con una orientación “post-materialista”, y por razones similares, dentro de cada sociedad debería esperarse que los individuos que hayan logrado mayores niveles de seguridad económica y personal serán también los que muestren un predominio de valores “post-materialistas” sobre los “materialistas”. En otras palabras, el “post-materialismo” parece estar directamente relacionado, en el ámbito social, con el nivel de desarrollo económico, y en el ámbito individual, con el status socio-económico del individuo.

En cuanto a la hipótesis de la socialización, se basa en el supuesto de que las prioridades valorativas de los individuos se adquieren principalmente durante la adolescencia, de manera que las cohortes más jóvenes en las sociedades industriales avanzadas después de la II Guerra Mundial, “socializadas” (en su adolescencia) en un ambiente de mayor seguridad personal (no han conocido la guerra de forma directa) y económica (han crecido en una época de fuerte desarrollo del estado de bienestar y de consumo de masas), deberían ser las que exhiban niveles más altos de post-materialismo. Las cohortes de más edad, aunque se hayan beneficiado también del estado de bienestar y del consumo de masas, seguirán reflejando en mayor o menor medida, a lo largo de su vida, los valores “de escasez” que adquirieron en su adolescencia. Según la hipótesis de la socialización, por tanto, el post-materialismo debería estar inversamente relacionado con la edad del individuo. En consecuencia, el cambio de valores desde una orientación materialista (“valores de escasez o de supervivencia”) a una orientación post-materialista (“valores de auto-expresión”) sería sobre todo un cambio intergeneracional, de manera que, al pasar el tiempo, el simple reemplazo de las cohortes de más edad por las más jóvenes debería resultar en un cambio en el sistema de valores de la sociedad. No debe desconocerse, sin embargo, que los cambios en las condiciones de vida en un momento concreto del tiempo afectan a todos los individuos, con independencia de su edad, aunque el impacto de ese cambio no será igual para todos los individuos, sino que previsiblemente afectará más al sistema de valores de los más jóvenes que al de los de más edad. Esta precisión conduce a diferenciar el “cambio intergeneracional” (efecto cohorte) del “cambio coyuntural” (efecto período), o lo que es igual, el cambio a largo plazo del cambio a corto plazo. La tendencia hacia un incremento del post-materialismo a largo plazo es por tanto compatible con decrecimientos coyunturales en el corto plazo. Inglehart completó posteriormente su teoría del cambio en los sistemas de valores mediante la teoría de la modernización, para explicar el cambio de valores en términos weberianos como un cambio desde los valores propios de la sociedad tradicional a los valores propios de las sociedades secularizadas y racionales. Según esta teoría existe una fuerte relación entre los sistemas económicos, políticos y culturales, pero mientras

Marx consideraba que los sistemas económicos determinaban los sistemas políticos y culturales, Max Weber partía de los sistemas culturales para explicar los sistemas políticos y económicos. En realidad, el cambio intergeneracional desde una orientación materialista a otra post-materialista tiene más que ver con el factor económico, mientras que el cambio desde la sociedad tradicional a la secular-racional pone más el acento sobre el factor cultural.

Al examinar el cambio en los sistemas de valores desde un pasado aún más lejano se pueden diferenciar dos grandes etapas de cambio, una de modernización (que básicamente se corresponde con el proceso de industrialización de una sociedad) y otra de post-modernización, en la que los individuos ponen un énfasis cada vez mayor en su capacidad para poder “elegir” en cualquier aspecto de su vida. La modernización y la post-modernización constituyen dos etapas del cambio en el sistema de valores que está vinculado al desarrollo económico, siendo la diferencia principal entre estas dos etapas precisamente el énfasis en la capacidad de elegir y en la auto-expresión que caracteriza a la post-modernización. La autoridad, esté mas o menos vinculada a las instituciones religiosas (como sucede en las sociedades tradicionales) o a instituciones secularizadas basadas en normas racionales (como sucede en las sociedades urbano-industriales) forma parte en cualquier caso del proceso de modernización, pero no de la etapa de post-modernización que la sucede, en la que bien al contrario se tiende a rechazar toda autoridad externa, tradicional o racional, para sustituirla por la auto-expresión y la libertad de elección. De manera similar, mientras que el proceso de modernización que acompañó a la industrialización se basó en la “motivación de logro”, la etapa de post-modernización que va vinculada a una economía basada principalmente en el sector terciario de los servicios pone más el énfasis en la calidad de vida y en la consecución del bienestar individual. En resumen, la etapa de post-modernización o post-industrialización que ha caracterizado a las sociedades más desarrolladas en estas últimas décadas se ha caracterizado por un mayor énfasis en los valores post-materialistas y de auto-expresión, por una disminución de la autoridad en todos los ámbitos e instituciones que tradicionalmente tuvieron el papel más importante en la socialización de los individuos (la familia, la escuela, la religión, la política, etc.) y a una atribución de importancia creciente a la consecución del máximo bienestar posible para el individuo, lo que ha conducido a un fuerte individualismo y, como consecuencia, a un desarrollo sin precedentes de los denominados “valores de emancipación”, consistentes en que los individuos han reclamado y conseguido tomar sus propias decisiones sobre todo aquello que les afecta. Así, los individuos lograron primero su derecho a “elegir” los productos de consumo (se pasó del “tipo único” y la “cartilla de racionamiento” a la capacidad para elegir productos de consumo entre una inmensa variedad de tipos, calidades y precios), luego lograron el derecho a elegir sus representantes en todas las instituciones políticas, a participar en su comunidad de vecinos, en lo que las escuelas enseñan a sus hijos y en sus relaciones laborales, y más recientemente adquirieron el derecho al divorcio, a tener los hijos que quieren tener y cuando tenerlos, a abortar (al menos en determinados supuestos), a elegir su orientación sexual, a cambiar físicamente su sexo (incluso pagado por la Seguridad Social), y a decidir como y cuando morir (eutanasia). La mayoría de estos derechos, reconocidos como tales por la inmensa mayoría de los ciudadanos en un país como España (que junto con Suecia se encuentra entre los países en que la opinión pública muestra mayor acuerdo con todos y cada uno de ellos) no solo no existían hace solo treinta años, sino que ni siquiera se pensaba que pudieran ser reconocidos y aceptados en un plazo tan corto de tiempo.

Sobre la base de una gran cantidad de datos, primero de las sociedades industriales avanzadas y posteriormente de sociedades en diferentes niveles de desarrollo económico, y con muy diferentes sistemas culturales y políticos, las hipótesis principales elaboradas por Inglehart parecen haber sido verificadas. Los datos disponibles de casi un centenar de sociedades con más de 250 investigaciones y un total de más de 355.000 individuos entrevistados en cinco oleadas de investigación desde hace más de 20 años (1981, 1990, 1995, 2000 y 2005) parecen corroborar la existencia de un doble proceso de cambio desde valores materialistas y tradicionales a otros post-materialistas y secular-rationales, si bien el cambio en cada una de estas dos dimensiones no tiene por qué mostrar el mismo ritmo.

La edad tiende a mostrarse, en todas las sociedades, como la variable más importante a la hora de explicar este proceso de cambio, en el sentido de estar inversamente relacionada con el post-materialismo (es decir, las cohortes más jóvenes son más post-materialistas, mientras que las mayores se orientan más hacia el materialismo). De otra parte, se ha observado que las sociedades que han logrado antes la seguridad económica (por ejemplo, mayor prosperidad y desarrollo económico), y los grupos sociales dentro de cada una de ellas que disfrutaban de un mayor grado de bienestar socio-económico, se orientan más hacia valores post-materialistas que las sociedades o grupos sociales que se encuentran en niveles inferiores de seguridad económica y personal. Numerosos trabajos de investigación han demostrado que, tomando a las sociedades como unidades de análisis, se observan coeficientes de correlación muy altos y significativos entre el grado de desarrollo económico, el grado de desarrollo político democrático, el nivel de bienestar social y la proporción de personas con una orientación post-materialista en cada sociedad. Todas estas relaciones son positivas, lo que significa que cuanto más alto es el nivel en cada uno de estos aspectos más alto es también en los otros. Además, se ha verificado ampliamente la relación positiva entre los nuevos valores post-materialistas y la igualdad entre hombres y mujeres, la preferencia por la protección del medio ambiente frente al desarrollo económico, la preferencia por la economía de libre mercado frente a la economía planificada desde el Estado, o la relación negativa entre los valores post-materialistas y la práctica religiosa, la exclusión social, el autoritarismo, etc.

La verificación de estas hipótesis en tal cantidad de países, con grandes diferencias en su nivel de desarrollo económico, en su grado de desarrollo político, en sus creencias religiosas, o en sus instituciones sociales, han introducido modificaciones complementarias a la teoría expuesta, algunas relativas a la utilización de los países como unidades de análisis (por el peligro de la denominada “falacia ecológica”, que no toma en cuenta las diferencias internas), o a la hipótesis de que el cambio de las sociedades en los dos ejes citados, desde los valores tradicionales y de escasez a los valores secular-rationales y de auto-expresión, es un cambio lineal. De hecho, se ha sugerido que no todas las sociedades se mueven al mismo ritmo, de manera que los Estados Unidos, por ejemplo, han avanzado mucho más en sus valores post-materialistas o de auto-expresión que en los secular-rationales, debido a la persistencia en esa sociedad de valores religiosos tradicionales. Por el contrario, las sociedades ex-comunistas han avanzado mucho menos en los valores post-materialistas y de auto-expresión (debido a su menor desarrollo económico) que en los secular-rationales (precisamente por su alto grado de secularización y rechazo de la religión y de la familia tradicional durante varias décadas). Asimismo, se ha observado que el cambio lineal hacia los valores post-materialistas o de auto-expresión y hacia valores secular-

racionales no ha estado exento de “vueltas atrás”, como ha sucedido en general en los países ex-comunistas y en algunos países menos desarrollados.

Según esta teoría, por tanto, el sistema de valores cambió significativamente porque las nuevas generaciones nacidas después de la II Guerra Mundial crecieron en unas situaciones de mayor seguridad económica y personal desconocidas hasta entonces. Además intenta explicar que el proceso de modernización exigió la sustitución de un sistema de valores religiosos tradicionales por otro sistema más moderno que ponía un gran énfasis en el mérito, en el logro individual y colectivo, así como una progresiva sustitución de la autoridad tradicional por otro tipo de autoridad más racional. Pero, como se ha indicado repetidamente, el enfoque post-materialista no explica por qué uno de los elementos clave de su teoría es precisamente el de la progresiva sustitución del énfasis en la prioridad del crecimiento económico por el énfasis en la prioridad de la protección del medio ambiente. Los nuevos valores que acompañaron al proceso de modernización que provocó la industrialización fueron los de la “motivación de logro”, el mérito individual, frente a la resignación o la humildad que habían defendido hasta entonces los antiguos sistemas de valores religiosos tradicionales. Para Max Weber, precisamente, un sistema de valores nuevo, la ética protestante, explica la aparición de un nuevo sistema económico, el capitalismo industrial. La consideración del trabajo como una virtud, frente a la tradicional concepción del trabajo como castigo que acompaña al ser humano al ser expulsado del Paraíso, la valoración del ahorro, de la frugalidad, del puritanismo que impregnó sobre todo al calvinismo, son en general virtudes que favorecían la aparición y consolidación de un nuevo sistema económico que requería mucho ahorro-inversión para crear la acumulación de capital ¿Qué es lo que provocó que, a partir de un cierto momento en el proceso de industrialización-modernización, ciertas sociedades (y ciertos grupos sociales dentro de cada sociedad) comenzasen a poner de manifiesto un cierto desencanto con el énfasis en el crecimiento económico para sustituirlo por un énfasis en la protección y conservación del medio ambiente? ¿Por qué ese cambio de valores cuando los anteriores habían sido tan “funcionales” para lograr unos niveles y estilos de vida hasta entonces desconocidos?

Hasta las investigaciones del año 2000, todos los datos disponibles permitieron observar, con muy escasas excepciones, que todos los países, desde diferentes niveles en los dos ejes citados, seguían la pauta de cambio hacia una generalización cada vez más amplia de los nuevos valores post-materialistas y de auto-expresión, aunque hubiese más excepciones respecto al cambio en el otro eje, hacia los nuevos valores secular-racionales. En cualquier caso, el denominado “mapa mundial de los valores culturales” muestra que los países en que predominan en mayor proporción los valores post-materialistas o de auto-expresión y los valores secular-racionales son los países escandinavos, seguidos por los europeos protestantes y a continuación por los europeos católicos y los anglosajones (con la peculiaridad antes descrita), mientras que los países latinoamericanos están todavía muy cerca del polo “tradicional” aunque algo más avanzados hacia el polo de los valores de “auto-expresión”, pero lo contrario se observa en los países de la Europa del Este y, en cierto modo, en los orientales de creencias sinico-confucianas, de manera que los países africanos son los que se encuentran más próximos a los polos de valores de “escasez” y “tradicionales”.

Los datos de la investigación mundial de 2005, sin embargo, muestran un cambio significativo en las tendencias anteriormente señaladas. Concretamente, en diez países desarrollados (Italia, Estados Unidos, Países Bajos, Eslovenia, Francia, Argentina,

Finlandia, Chile, Japón y España), muchos de ellos no solo industrializados sino ya en la etapa post-industrial, se observa cómo en general la proporción de individuos con una orientación post-materialista aumentó desde la investigación de 1981 o la de 1990 a la del 2000, pero en todos ellos se observa una disminución significativa de esos valores post-materialistas entre las investigaciones de 2000 y 2005. Este hallazgo me hizo reflexionar sobre las posibles razones que explicaran ese cambio en tantos países y con el rasgo común de ser países desarrollados y en los que el post-materialismo había aumentado durante los veinte años precedentes. Y la hipótesis que inmediatamente surgía es que si el post-materialismo había sido realmente una consecuencia de la creciente generalización de niveles de seguridad personal y económica, una reducción de ambas tendría que traducirse en una disminución de la orientación post-materialista. En otras palabras, era necesario comprobar si efectivamente en estos últimos años se ha producido un incremento de la inseguridad personal y económica.

La brusca aparición en escena del terrorismo internacional a partir del atentado a las Torres Gemelas el 11 de septiembre de 2001 (junto con el terrorismo nacional en el caso de España y en el de otros países), el incremento de la delincuencia a causa de las mafias del narcotráfico y de las bandas criminales procedentes de diferentes países, pero particularmente de países del Este de Europa y de algunos países de Latinoamérica, los problemas de integración y convivencia que en algunos países se están creando como consecuencia de un incremento grande y sobre todo rápido de los stocks de inmigrantes, están creando una sensación de inseguridad subjetiva en grandes sectores de la población (con independencia de que haya o no razones objetivas para esa sensación de inseguridad) que en muchos casos conducen a que, junto a una persistente tendencia al incremento de los valores de “emancipación” antes citados, grandes sectores de las sociedades post-industriales comiencen a reclamar más orden y respeto a las leyes y sobre todo mayor protección personal a las fuerzas de seguridad encargadas de proporcionarlos. Estas dos tendencias de cambio no se contradicen en principio, pero es evidente que están planteando una tensión entre los conceptos de libertad y seguridad.

Además de los problemas de seguridad personal que parecen estar incrementándose en los países más desarrollados, se está asimismo asistiendo a un incremento de la inseguridad económica. En efecto, el envejecimiento de las poblaciones en los países más desarrollados está planteando el problema de si se podrán mantener los logros del Estado de Bienestar, y de manera muy particular las pensiones de jubilación, la asistencia sanitaria y en general todos los beneficios sociales que el desarrollo económico sostenido durante más de cinco décadas había proporcionado a las poblaciones de estos países. En todos los países desarrollados se está observando un retraso en la edad de emancipación de los jóvenes por las dificultades (objetivas o subjetivas) para responsabilizarse de su propia vida. Los cambios tecnológicos, la relocalización de industrias desde los países más desarrollados a los menos desarrollados para beneficiarse de salarios y costes sociales más bajos, la globalización de la economía, los crecientes flujos migratorios, son fenómenos que están afectando a los países más desarrollados creando una mayor inseguridad económica en grandes sectores de la población que, por otra parte, se habían acostumbrado a unos altos niveles de seguridad en el empleo, de consumo, y de certidumbre. El neo-liberalismo económico que se está imponiendo en la mayor parte de los países desarrollados, junto a la globalización, puede que estén “creando países ricos con ciudadanos pobres”, como ha señalado Stiglitz, Premio Nobel de Economía 2001.

En realidad, el cambio de tendencia observado en 2005 en una decena de países post-industriales, al coincidir con un incremento de la inseguridad personal y económica en esos mismo países, confirmaría y no refutaría la hipótesis principal de la teoría sobre el cambio de valores en las sociedades actuales, pues al reducirse los niveles de seguridad tendrían también que disminuir los valores que acompañan a los niveles de mayor seguridad. Pero, si la disminución en los valores post-materialistas es una consecuencia del incremento de la inseguridad, debería también observarse una mayor preocupación por la seguridad personal y económica en los ciudadanos. No se dispone de esos datos en las encuestas de valores del 2005 para un cierto número de países, pero sí se dispone de datos para España. Concretamente, los datos procedentes de cinco encuestas nacionales de ASEP entre 2005 y 2007 muestran que los españoles temen sobre todo, aparte de a la posibilidad de contraer una enfermedad grave, un atentado terrorista de ETA o un atentado terrorista islamista, es decir, amenazas a su seguridad personal. Por otra parte, nueve encuestas nacionales realizadas por ASEP entre 2004 y 2007 sugieren que los problemas que más preocupan a los españoles son la vivienda, el paro y el terrorismo, tres cuestiones que implican amenazas a su seguridad económica o a su seguridad personal. Estos datos, junto a la disminución creciente de los tres indicadores derivados del Índice de Sentimiento del Consumidor, parecen sugerir que efectivamente se está produciendo un incremento en la inseguridad personal y económica.

Pero, si como los datos sugieren se está produciendo un retorno hacia los valores materialistas, tendría también que observarse un retorno hacia una mayor valoración de la importancia de la autoridad. Los datos de los mismos diez países antes mencionados demuestran que entre 1981 y 2000 la proporción de individuos en cada país que sería partidaria de mayor respeto a la autoridad apenas varió, o si lo hizo fue para disminuir. Sin embargo, en la gran mayoría de los países citados se observa un significativo incremento de la proporción de personas que en la investigación de 2005 desearía mayor respeto para la autoridad, tal y como se había supuesto y como sería coherente con la disminución de los valores post-materialistas.

Asimismo, los datos procedentes de tres investigaciones realizadas por ASEP en España entre 2007 y 2008 sugieren que los mayores deseos de autoridad no son retóricos. Más del 70% de los españoles desearían pena de muerte o cadena perpetua hasta morir en la cárcel para los terroristas o pederastas convictos de asesinato, y casi el 60% lo desearía también para los maltratadores convictos de asesinato, alrededor de un 50% lo desearía para los traficantes de droga, alrededor del 40% para los asaltantes de chalet, e incluso más del 20% para los conductores temerarios, siempre con la condición de que sus delitos implicaran víctimas de sangre. Otros datos sugieren que los españoles quieren que las Fuerzas de Seguridad (Guardia Civil y Policía Nacional) actúen con mayor contundencia contra toda clase de delincuentes, incluso aunque no produzcan víctimas de sangre.

Algunas Conclusiones

Desde dos perspectivas teóricas diferentes se llega a conclusiones muy similares. Así, desde la teoría del ecosistema social se ha podido observar que el cambio en sus cuatro elementos (incluyendo por tanto los cambios en las instituciones y en los sistemas de valores y creencias) ha sido crecientemente acelerado desde hace aproximadamente siglo y medio, hasta el punto de que ese cambio podría considerarse frenético en estas últimas décadas, desde el final de la II Guerra Mundial. Algunas de las consecuencias

negativas que se habían previsto son ya perfectamente visibles, como la escasez de recursos, especialmente los energéticos, el deterioro del medio ambiente y el cambio climático, las desigualdades sociales y económicas, así como los conflictos sociales, entre países y dentro de cada país, todos los cuales se han agudizado de manera continuada sobre todo a partir de la primera crisis del petróleo en 1973.

Y, mientras los sistemas de valores cambiaron y al hacerlo facilitaron el paso de las sociedades pre-industriales-tradicionales a las sociedades industriales sobre la base del esfuerzo, el mérito y la autoridad, el proceso de post-modernización o post-industrialización, que partía de altas cotas de seguridad personal y económica, se basó en un incremento de los valores post-materialistas que maximizaron el bienestar individual y minusvaloraron la autoridad y el mérito, al tiempo que estimularon el desarrollo y crecimiento continuado de los valores de emancipación.

Pero el incremento de la inseguridad personal provocada en primer lugar por la posibilidad de que el ser humano acabe con toda forma de vida sobre el planeta como consecuencia del descubrimiento de la energía nuclear, y más recientemente también por la aparición del terrorismo internacional y el crecimiento de la delincuencia y el crimen organizado, y el incremento de la inseguridad económica como consecuencia de la creciente escasez de empleo y de su abaratamiento relativo, de la globalización de los mercados, del neo-liberalismo económico, y del incremento de las desigualdades sociales y económicas, están provocando desde hace solo menos de diez años un retorno a los valores materialistas y a mayores demandas sociales de autoridad y a una mayor contundencia en las actuaciones de los servicios de seguridad.

Así pues, si desde la teoría del ecosistema social se ha vaticinado el posible retorno a sistemas políticos autoritarios como respuesta al supuesto incremento de los conflictos sociales entre países y dentro de cada país, desde la teoría del cambio de valores se está también observando un incremento en las demandas sociales de autoridad y mantenimiento del orden para hacer frente a las crecientes amenazas a la seguridad personal. Por el contrario, la teoría del final de la Historia no parece que se haya cumplido ni es posible que pueda cumplirse, ya que ni es cierto que todos los países del mundo hayan adoptado ya el modelo económico del libre mercado ni el modelo político de la democracia parlamentaria, ni parece previsible que lo vayan a hacer en un futuro próximo, sino que más bien podríamos estar en el comienzo de la transformación de ambos modelos hacia otros modelos todavía ni siquiera imaginados.

Referencias a otros trabajos relacionados del autor

Díez Nicolás, J. (1992):	"Posición social, información y post-materialismo". <u>REIS</u> , 57. Madrid. (Traducido al inglés en: "Social position, information and post-materialism". <u>REIS, English edition</u> , Madrid, 1996).
Díez Nicolás, J. (1994):	"Post-materialismo y desarrollo económico en España", en J. Díez Nicolás y R. Inglehart (comp.), <u>Tendencias Mundiales de Cambio en los Valores Sociales y Políticos</u> , FUNDESCO, Madrid. (Traducido al japonés en: COE, Japan, 2004).
Díez Nicolás, J. (1999):	"Industrialization and concern for the environment", en N. Tos, P.Ph. Mohler y B. Malnar (Ed.), <u>Modern society and values: a comparative analysis based on ISSP project</u> . Mannheim: FSS-University of Ljubljana-ZUMA. (Traducido al español en: "Industrialización y preocupación por el

	medio ambiente", en F. Cruz Beltrán y E. Gualda Caballero (Comp.), <u>Huelva: Medio Ambiente y Sociedad</u> . Huelva: Editorial Grupo de Investigación Estudios Sociales e Intervención Social).
Díez Nicolás, J. (2000):	"La Escala de post-materialismo como medida del cambio de valores en las sociedades contemporáneas", en F. Andrés Orizo y J. Elzo, (eds.) <u>España 2000, entre el localismo y la globalidad. La Encuesta Europea de Valores en su tercera aplicación, 1981-1999</u> . Madrid: Editorial Santa María.
Díez Nicolás, J. (2001):	"El cambio de valores en las sociedades contemporáneas", en Salustiano del Campo (ed.), <u>Perfil de la Sociología Española</u> . Madrid: Editorial Catarata.
Díez Nicolás, J. (2003):	"Two contradictory hypotheses on globalization: social convergence or civilization differentiation and clash", en R. Inglehart (ed.): <u>Human Values and Social Change</u> . Leiden-Boston: Brill.
Díez Nicolás, J. (2004):	<u>El dilema de la supervivencia</u> . Madrid: Obra Social Cajamadrid.
Rasinski, K., T. Smith y J. Díez Nicolás (2005):	"When de trains exploded in Madrid: fear, anger, public opinion and government change", <u>Public Opinion Pros</u> , (revista electrónica), diciembre.
Díez Nicolás, J. (2007a):	"Value systems of elites and publics in the Mediterranean: convergence or divergence", en Mansoor Moaddel, (ed.), <u>Values and perceptions of the Islamic and Middle Eastern publics</u> , New York: Palgrave Macmillan.
Díez Nicolás, J. (2007b):	"Violencia en la ciudad: entre la impunidad y la represión", en Eduardo Serra (coord.), <u>Violencia en la ciudad</u> . Madrid: Fundación Santander Central Hispano.
Díez Nicolás, J. (2007c):	"La Transformación de los Valores y el Sentimiento Religioso en la Región Asia-Pacífico", <u>Anuario ASIA PACIFICO 2006</u> , Fundación CIDOB, Casa Asia y Real Instituto Elcano.
Díez Nicolás, J. (2007d):	"¿Regreso a los valores materialistas?. El dilema entre seguridad y libertad en los países desarrollados". Congreso de la Federación Española de Sociología, Barcelona.
Díez Nicolás, J. (2008):	"Values and generations in Spain", en Th. Petterson y Y. Esmer (eds.), <u>Changing values, persisting cultures</u> . Leiden-Boston: Brill.
Díez Nicolás, J. y R. Inglehart (eds.) (1994):	<u>Tendencias mundiales de cambio en los valores sociales y políticos</u> , Madrid: FUNDESCO.